

RESEÑAS

LORENZO MEYER, *El cactus y el olivo. Las relaciones de México y España en el siglo XX*, México, Océano, 2001, 340 pp.

Desde que México logró su independencia de España, las relaciones entre ambas naciones han sido turbulentas. Como dos amantes que saben que no pueden seguir unidos, y uno de ellos se aferra, a pesar de todo, de manera arrogante en mantenerse cercano, así, esas relaciones durante el siglo XX estuvieron marcadas por el intento de España de conservar a su colonia predilecta, mientras que México trataba de separarse de la antigua metrópoli.

Lorenzo Meyer, en *El cactus y el olivo*, cuenta precisamente esta dificultad de México para deslindarse de España una vez obtenida su independencia. El texto abarca el periodo de 1810 a 1930. Meyer muestra con gran detalle, gracias a su arduo trabajo de investigación realizado en los archivos sobre México del Ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid, la naturaleza de la relación entre México y España; relación conflictiva la mayor parte del tiempo, exceptuando el periodo de la dictadura de Porfirio Díaz en México y de la Restauración en España, a causa, sobre todo, de la sistemática tendencia de la diplomacia española a hacer apuestas equivocadas en relación con la política interna mexicana.

La obra, cuyo título completo es *El cactus y el olivo. Las relaciones de México y España en el siglo XX*, principia en el XIX y concluye antes de la mitad del XX; esto sugiere que tenemos en nuestras manos la primera parte de la investigación de Meyer y que habrá una segunda parte que cubrirá el periodo restante.

La inestabilidad interna en ambos países durante el periodo que abarca Meyer se reflejó en sus relaciones. Para México, la herencia del pasado colonial tornó la búsqueda del equilibrio en un proceso sumamente complicado y en una pronunciada asimetría con respecto a España. A lo largo del libro, el autor señala cómo esta asimetría fue el eje de la relación, en la cual, de manera arrogante, España se empeñaba, en un principio, en la reconquista y, posteriormente, en no establecer con México lazos diplomáti-

cos formales, como los que sí llegó a crear con otros países de América Latina, como Argentina. Mientras tanto, México respondía con la pretensión de entablar una relación de igual a igual con la antigua metrópoli.

Una vez que España abandonó el proyecto de la reconquista de México, el cual, recalca acertadamente Meyer, se prolongó más allá de lo razonable, buscó cuidar los intereses económicos de sus ciudadanos radicados en la ex colonia. Sus capitales se vieron amenazados constantemente, salvo durante los años de la dictadura porfirista. En aras de salvaguardarlos, hubo gran intervención en los procesos políticos internos mexicanos. Desgraciadamente para los españoles, sus intervenciones se inclinaron en forma sistemática del lado perdedor, por lo que se logró muy poco y se perdió bastante.

En un principio se apostó por los conservadores y por la instauración del imperio de Maximiliano, pero el fusilamiento de éste devastó la apuesta. En el periodo posterior la relación se volvió cada vez más espinosa, salvo, como ya se dijo, durante los años del porfiriato. Al concluir el siglo XIX, por primera vez reinó el orden en México. Mediante un intenso trabajo diplomático, la dictadura de Porfirio Díaz logró restablecer las relaciones con España dañadas desde el fusilamiento de Maximiliano y por el desconocimiento de la deuda de su breve gobierno. Con el orden que impuso el porfiriato en México y con el triunfo de la Restauración en España, los intereses mutuos y una ideología económica liberal común, nos dice Meyer, fueron la base de la cooperación entre las clases dirigentes, gobernantes e intelectuales, de ambos países. En México, este primer círculo social veía en la relación con Europa una manera de equilibrar la presencia, ya desde entonces creciente, de los Estados Unidos. No obstante, el resto de los mexicanos siguió sintiendo un enorme recelo hacia España y todo lo español. Las espinas del cactus siempre se mantuvieron erizadas para defenderse del olivo.

Durante los años de la Revolución mexicana el caos regresó. Sin embargo, según Meyer, entre las múltiples divergencias había un punto de consenso entre todas las facciones: la hostilidad hacia los españoles. Una vez concluida la guerra civil, a fines de los años veinte, los intereses económicos españoles de nuevo se vieron frustrados por el desinterés mexicano en negociar un tratado comercial que de tiempo atrás buscaba España. No obstante, las relaciones hispanomexicanas mejoraron respecto del pasado inmediato y se vislumbraba que lo seguirían haciendo en el futuro. La base de esta visión era, además de la creciente estabilidad, el viraje hacia la derecha de la política mexicana.

Posteriormente, las apuestas a favor de Victoriano Huerta y de Francisco Villa fueron contraproducentes. A los ojos de los revolucionarios mexi-

canos, el apoyo de los españoles a la contrarrevolución los convirtió en enemigos, y así fueron vistos tanto la comunidad residente en México como el gobierno del rey de España, hasta la fundación de la República en 1931. Muestra fehaciente de ello fue la Constitución de 1917, la cual no sólo resultó ser un texto que contenía elementos notablemente nacionalistas, sino que expresaba gran desconfianza hacia los extranjeros, de los cuales los más odiados por el pueblo eran los españoles. A esta serie de desencuentros se le debe agregar el conflicto de Carranza con los bancos que lo llevó a incautarse de su capital, el cual provenía en un porcentaje importante de España; las expropiaciones de tierras agrícolas; la expulsión de un buen grupo de súbditos de su majestad, sobre todo de sacerdotes católicos, y diversos daños causados por la Revolución a un número elevado de miembros de la comunidad española radicada en México.

La naturaleza desequilibrada de la relación hispanomexicana hizo imposible para los españoles reaccionar en contra de las decisiones que consideraban injustas. Por un lado, el uso de la fuerza en México estaba descartado por la política de los Estados Unidos, que se negaban a permitir intervenciones europeas al sur de sus fronteras; pero, por otro lado, habría que agregar aquí un acontecimiento gravísimo para España, hecho que omite Meyer: su derrota de 1898 frente a nuestro vecino del norte, a raíz de la cual quedó vencida no sólo militar, sino moral y psicológicamente ante los Estados Unidos pero también ante el resto del mundo. Esta fue razón suficiente para dejar a un lado la idea de intervenir en México. La ruptura de relaciones políticas o económicas tampoco era una opción interesante para España, ya que, con semejante medida, habría perdido más que México debido a que la comunidad española residente aquí era muy numerosa, mientras que los mexicanos establecidos allá eran muy pocos. De ahí que a Madrid no le quedara más que tratar de negociar soluciones que resultaran lo menos difíciles para sus nacionales radicados en América.

La omisión de la guerra hispanoamericana en el texto no es un problema menor, porque este episodio fue un parteaguas en la relación de España con el mundo y, sin embargo, es tratado en pocos renglones. Esa guerra acabó con las dos últimas colonias del "imperio español", Cuba y Puerto Rico. Es a raíz de esta pérdida de territorio como podemos explicar el por qué de dos de las tesis centrales de *El cactus y el olivo*: las constantes apuestas equivocadas en materia diplomática de los españoles en México y el hecho de que España, de haber sido el principal interlocutor del México independiente, se tornara en lo que hoy podría considerarse un socio relegado a la tercera categoría. Dicha guerra representa un antecedente obligado para entender toda relación con España en estos años, pues fue una experiencia devastadora para el país ibérico. A partir de entonces el mun-

do entero pudo constatar su debilidad, la fragilidad del imperio que había logrado descubrir un continente en sus épocas de bonanza. Esta debilidad debió de haber afectado todo, hasta sus sistemas de inteligencia que en sus años de oro hubieran hecho imposible cometer los errores, las apuestas equivocadas, que menciona Meyer a lo largo de su obra.

Conforme se acerca el final del libro, nos damos cuenta de cuán abundante es la joven historia de la relación hispanomexicana, en la cual la antigua metrópoli vio a México transformarse de un país inestable en uno reconocido como nación independiente. El libro no es una novela que atrapará al lector. Es un texto histórico muy sugerente, más descriptivo que analítico, de lectura obligada para los interesados y para los especialistas en historia diplomática. Acostumbrados a leer más sobre la época colonial o sobre la España posfranquista, encontrar un libro tan rico sobre lo que sucedió entre estos dos importantes periodos resulta una grata excepción.

En *El cactus y el olivo*, Lorenzo Meyer nos permite apreciar la percepción de los españoles sobre el México independiente y posrevolucionario como “un desdichado e ingobernable país”, sumido en una incultura sin límite, con un sistema “casi bolchevique”, con el cual se vieron en la necesidad de negociar y convivir. También nos muestra el recelo de los mexicanos hacia todo lo que proviniera de la antigua metrópoli. Recelo que perduró, increíblemente, por más de cien años, y que perdura hasta ahora en el discurso nacionalista de quienes ven en la inversión extranjera, de la cual los españoles participan de manera importante, una amenaza para la “soberanía” del país. Actualmente las relaciones diplomáticas con España siguen siendo secundarias para un México cada vez más vinculado a los Estados Unidos. Sin embargo, como en el porfiriato, es necesario dar mayor relevancia a las relaciones con los europeos, ya que así lograremos nivelar un poco la balanza y mitigar nuestra dependencia respecto del vecino del norte. Dentro de los países europeos, el más afín es, sin duda, España.

ANA PAULA ORDORICA

GUY HERMET, JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME, SOLEDAD LOAEZA (comps.), *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*, México, El Colegio de México, 2001, 430 pp.

Hay algo curioso, incluso sorprendente en este libro: los dos textos introductorios, de Guy Hermet y Jean François Prud'homme, por poco dicen